

La muerte de los héroes

Este ensayo se relaciona con la controvertida polémica biográfica y literaria que precedió y siguió a la publicación de *Lawrence de Arabia: una búsqueda biográfica*, escrita por Richard Aldington en 1955. La biografía apareció veinte años después de la muerte de Lawrence y la controversia puede verse como el resultado fatídico de la coalición que enfrentó a dos hombres en su opuesta forma de ser. Las consecuencias del choque han perdurado hasta hoy, y han dejado una importante huella en la reputación póstuma de ambos hombres.

En este ensayo sólo haré referencia a Lawrence por medio de Aldington, o bien lo haré de un modo superficial. Lawrence no es mi tema principal, pero diré de paso que la bibliografía que existe sobre él alcanza proporciones oceánicas. Dividiré mi tópico en tres partes. La primera, relativa al contexto de Aldington como escritor. La segunda, a la manera en la que éste aborda la vida y la carrera de Lawrence; y en la tercera, hablaré de los conflictos personales que surgieron de la manera en la que trató el tema, así como de las consecuencias de ese conflicto.

Subyacen al tema algunos problemas, tal vez insolubles –aunque filosóficamente importantes– que se relacionan con la naturaleza y el propósito del género biográfico. Recientemente, en una conferencia sobre autobiografía, uno de los participantes con mayor experiencia en el tema, propuso la teoría de que es el género básico que permea a toda la literatura. Argumentaba que cualquier cosa que uno escribe, aun si se trata de un artículo científico, es proyección de la propia personalidad, la cual no es sino la suma total de los actos que conforman una vida. Si esta postura puede parecer extrema en algunos casos, en otros, en cambio, no lo es. En cualquier discusión en torno a la polémica Aldington-Lawrence, encontraremos que nos enfrentamos a géneros en apariencia tan diversos como la biografía, la autobiografía, los libros de viaje, las memorias, el diario, el ensayo y la ficción.

Richard Aldington, cuyo verdadero nombre era Edward Godfree, nació el 8 de julio de 1892 en Portsmouth, Hampshire. Fue educado en el Dover College y asistió al University College en Londres, aunque se vio forzado, por razones financieras, a interrumpir sus estudios antes de obtener el grado. Comenzó ganándose la vida como cronista deportivo, pero convencido de que su talento estaba por encima de ese oficio, decidió iniciar una carrera literaria. Conoció a Yeats, a Harold

Monro, a Ford Madox Ford (entonces Heuffer), a Ezra Pound y se convirtió en el miembro más joven del grupo de poetas llamados Imaginistas, entre quienes se encontraba Hilda Doolittle, la talentosa poeta norteamericana, publicada por primera vez por Pound bajo las iniciales H.D., y con quien Aldington se casó en 1913. Posteriormente, Aldington conoció y fue amigo de otros escritores: D.H. Lawrence, James Joyce, T.S. Eliot y Wyndham Lewis. Satirizó a muchos de ellos en sus artículos, lo que le valió, a cambio, ser duramente criticado. Así suele ser la orgullosa e incesante lucha entre escritores. Un ejemplo de esto último anticipa una asombrosa coincidencia: se trata de una carta de Pound, enviada desde Londres (sin fecha, que sus biógrafos creen de 1920). En ella dice: "Aldington está cada vez peor (se refiere al hecho de producir algo valioso) porque escribe semanalmente en el *Times*. Qué se puede esperar". Siguen diecisiete signos de exclamación, que muestran la excentricidad de la escritura de Pound. La carta está dirigida nada menos que a T.E. Lawrence. Existe, por cierto, otra carta de Pound dirigida a Lawrence, ésta enviada desde Londres con fecha del 20 de abril de 1920, y en la que habla del deseo de Lawrence por escribir y publicar; Pound, incluso, le dice: "si quiere escribir sobre Arabia..."

Los poemas imaginistas que Aldington escribió entre 1910 y 1915 fueron publicados en Londres ese año. La colección tuvo tres ediciones (1915, 1916 y 1919). Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Aldington se enlistó. Se cree que esperaba ser eventualmente enviado a Mesopotamia, hoy Irak. Después del entrenamiento apropiado, durante el cual la pasó muy mal, fue nombrado oficial no-comisionado y enviado en 1917 a Francia con el sexto regimiento de Leicestershire. Durante los dos años siguientes tuvo varios permisos, los cuales pasó en Inglaterra envuelto en una complejísima red de relaciones maritales y extramaritales por parte de ambos esposos. Al mismo tiempo, llevaba una enorme correspondencia, personal y profesional, tocante al logro de publicar sus escritos. Mientras servía al ejército con distinción, aunque con amargura, sufrió severamente el efecto de los bombardeos y del uso de gases. Había sido comisionado como segundo teniente, posteriormente fue ascendido a primer teniente y cuando en 1919 fue liberado, se le otorgó el grado de capitán.

No cabe duda de que las experiencias vividas durante la

guerra impresionaron profundamente la psique de Aldington. Escribió un número sustancial de poemas y fragmentos en prosa que lo prueban. Conforme pasó el tiempo, parece que le causó una impresión aún mayor el contacto con el ambiente social inglés, sobre todo después de la guerra. Fue tan fuerte ese sentimiento que lo persuadió de dejar su patria, primero por el continente y después por los Estados Unidos, para posteriormente volver a Francia.

Los ingleses habían viajado por el mundo desde el siglo anterior, pero siempre volviendo a casa. Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial, como observa Paul Fussell, "algo nuevo, reconociblemente 'postguerra' aparece en la vida intelectual e imaginativa británica". Escritores ingleses, como D.H. Lawrence, Norman Douglas, Aldous Huxley, Robert Graves, y posteriormente Auden, Isherwood y Durrell, se expatrian ellos mismos, llevados, dice Fussell, "por la convicción de que Inglaterra es inhabitable porque no es como el extranjero". Esto es exactamente lo que le ocurrió a Aldington, aunque Fussell no lo mencione (este es un punto que más adelante volveré a tocar).

Los poemas de Aldington escritos durante la guerra muestran —comprensiblemente— un importante aunque no radical rompimiento con los principios del imaginismo. El imaginismo, como J.B. Harmer ha mostrado, fue un momento importante en la literatura inglesa de vanguardia, pero no estaba destinado a perdurar. No son tan entendibles, en cambio, las razones por las cuales los versos de Aldington no han sido analizados con suficiente cuidado, y que por lo tanto no sea más que reconocido como poeta de guerra.

En tanto creo que el trabajo de un escritor representa las principales tendencias en su personalidad, revisaré algunos ejemplos, claves en la escritura de Aldington, con el fin de acercarnos a su carácter y a sus preocupaciones.

Después de dos volúmenes de poemas escritos durante la guerra, titulado uno *Imágenes de guerra* y el otro *Imágenes del deseo* (ambos de 1919), Aldington publicó un largo poema satírico al que tituló *Un idiota en el bosque* (1925). El título, por supuesto, surge de la escena VII acto 11 de la obra de Shakespeare, *As you like it*, y marca tanto la intención revolucionaria como el tono burlón propuesto en el poema de Aldington. Allí aparecen tres personajes que no son sino tres aspectos de uno mismo: el "yo" o narrador; Mezzetin, una especie de arlequín tomado de la *Commedia italiana dell'arte* y el ilusionista. La narración los lleva de la antigua Grecia a Milán, y posteriormente a Francia durante la Primera Guerra. El narrador y Mezzetin trabajan como investigadores privados del ejército británico y el ilusionista es su superior. A Mezzetin lo matan en acción y el ilusionista se alegra, pues en adelante tendrá la voz narrativa para él solo. Sin embargo, su canto se limita a llorar la muerte de Mezzetin:

Who should remember you if we forget?
Those who lift top-hats and lay down wreaths?
Or those who buried you, dry-eyed and lousy?

(¿Quién debiera recordarte si nosotros olvidamos?



Lawrence de Arabia



Aquellos que, levantan sus sombreros y recuestan las
guirnalda
o quienes te enterraron, revulsivos sus ojos sin
lágrimas?)

Existen ecos de Eliot, Wyndham Lewis y otros, en versos
como los siguientes:

Mechanics have devoured our art-
our poets are all journalists, clerks or
schoolmasters-...
Glory, glory be to banking...
All angels drove to work in tanks.
Holy, Blessed, Glorious Mass Production.

(Mecanicismos han devorado nuestro arte-
son nuestros poetas periodistas, oficinistas, maestros
de escuela...

Gloria, gloria sea a la banca...
los ángeles en tanque se conducen al trabajo
Sagrada, Bendecida, Glorificada Producción en Masa.)

El "yo" dice, en un eco que nos recuerda, sobre todo al
principio, a Eliot:

We grow old...
Life becomes an autumn twilight...
When the flame goes, man's a husk, a ghost...
Sunk in the apathy or shrieking at the memories.
That is Dante's 'Maggior dolore.'
What to do then?
Most unbecoming men who strove with Haig...

(Envejecemos...
la vida es entonces luz desvaneciéndose en otoño...
cuando la flama se acaba, el hombre es una cáscara, un
fantasma...
sumido en la apatía o convulso en las memorias
Es de Dante el 'Maggior dolore'
¿Qué hacer?
si lamentarse es vergonzoso,
los indecorosos hombres que pelearon con Haig...)

Haig es el general Douglas Haig, 1er conde de Haig, coman-
dante en jefe de las fuerzas británicas después de 1915.
No deja de llamar la atención que Aldington, siempre tan crí-
tico respecto al propio ejército y resentido por haber tenido
que ir a la guerra, se muestre tan orgulloso de su
desempeño en el frente.

Los críticos han juzgado de manera diversa el talento
poético de Aldington. De hecho, él mismo lo disminuyó al no
incluir sus propios versos dentro de su excelente *Viking Book of
Poetry of the English-speaking World* (1941).

Calidad aparte, el tono característico de su poesía, como lo
ha señalado Harmer, es iracundo. Aldington, de hecho, fue
un joven agresivo antes de que Kinsley Amis, Alan Sillitoe y
John Osborne nacieran.

Algún tiempo después de la guerra, Aldington se embarcó

en una nueva aventura literaria. Sus biógrafos no ofrecen con precisión la fecha del inicio de la composición de su novela *La muerte de un héroe*, obra que el autor denominó como una novela "jazz", ya que fue escrita bajo la influencia de esa época. Apareció en Inglaterra en una edición expurgada de 1929 y en Francia al año siguiente, no censurada, pero en una edición limitada a 300 ejemplares. Tuvo buena compañía entre las obras censuradas de su tiempo: *Ulises* (1922- 1923) y *El amante de Lady Chatterley* (1928). Tanto la censura como la edición limitada atrajeron la atención del público y la novela se convirtió de la noche a la mañana en un éxito, haciendo de Aldington una de las mayores celebridades literarias británicas. *La muerte de un héroe* no sólo es el pronunciamiento irónico antibélico hecho por un hombre que vio la guerra desde el frente; también es una sátira del orden social inglés (c.1914): tanto de costumbres como de su estética victoriana. Aunque aquí no voy a hacer un análisis detallado de la obra, basta con decir que desde las páginas iniciales, al lector se le advierte de lo que trata: la muerte de un hombre joven. Como en el caso del famoso cuarteto de Byron sobre la muerte de Keats, sabemos quién murió; posteriormente se nos dirá a quién hay que culpar. Esta técnica es exactamente opuesta a la que se emplea en el caso de una obra muy admira, *Memorias de un cazador de zorros*, escrita por Siegfried Sasson, en la que se exalta la guerra desde el punto de vista de los ingleses. En esta obra al lector no se le dice el nombre completo del protagonista hasta la página 97 (en la primera edición).

En *La muerte de un héroe* hay un narrador en primera persona que se desdobra en una tercera para narrar sobre el "héroe": George Winterbourne. El lector alerta advertirá, eventualmente, que el narrador es el doble de Winterbourne. Asimismo, muchas pistas nos sugieren que ambos personajes son partes alternadas de la personalidad del propio autor, y que las dos mujeres que compiten por el amor del "héroe" tienen su contraparte histórica en la vida de Aldington cuando era joven. Pero el hacer una novela enclave no es el fin último de la narración. Se trataba, obviamente, tanto de protestar contra las secuelas que la guerra deja irremediadamente en los jóvenes, como de ir también contra el clima social que prevaleció antes y durante la guerra. Se hace un retrato de la escisión que existe entre los soldados que van a la guerra, muchos de ellos por fuerza, y otros, la mayoría, por voluntad propia; también de la gente que, desde su casa, veía su partida o bien con indiferencia o bien con orgullo.

El riesgo que corre George Winterbourne en el frente no parece concernir ni a sus padres ni a las dos mujeres -su esposa y su amante, rivales casi amistosas- a las que abandona. Al final, incapaz de solucionar sus conflictos emocionales, de enfrentar sus expectativas en el futuro, de superar la depresión en la que lo ha sumido la guerra y de tolerar la incertidumbre de la batalla, Winterbourne se expone al fuego enemigo y lo matan. Por casualidad es un candidato a ocupar el lugar irónico del héroe. Comenta el narrador:

¿Fue suicidio? No lo sé. Sólo tengo una evidencia circunstancial y mi propia corazonada, una especie de intuición, un algo que me persigue en mi recuerdo del hombre, el

sentimiento orestiano de alguna culpa sin expiar. ¿Quién puede decir si en un campo de batalla un hombre se suicida? La desesperada imprudencia y el buscarse problemas explican el deseo de escapar a través de la muerte, que encuentra al prudente cobarde acurrucado en su trinchera...

Representando, para George, a lo más querido que se extraña desde el frente, están Elizabeth y Fanny, la mujer y la amante, quienes

resentían y deploraban la guerra, pero estaban admirablemente alejadas de ella... no percibían el abismo que separaba a los hombres de su generación de mujeres.

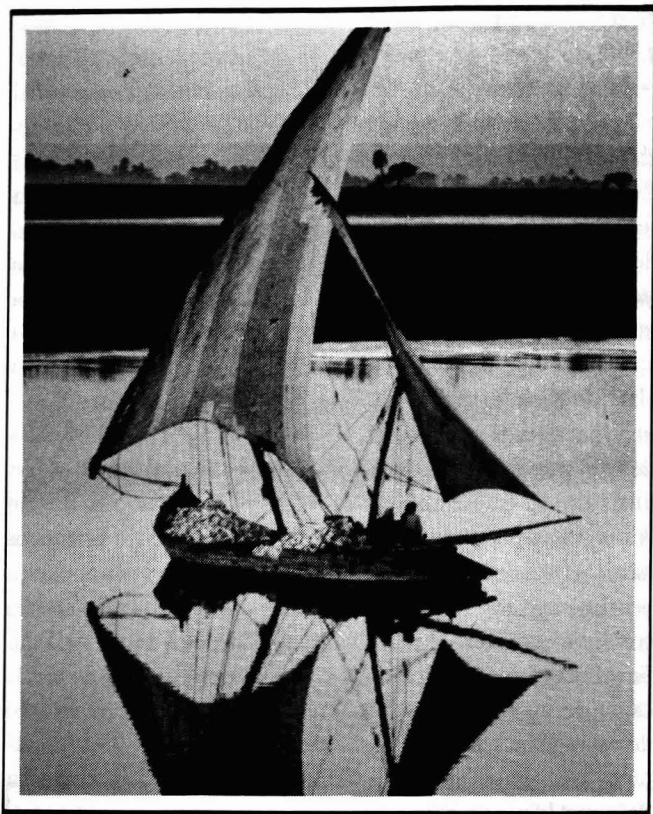
No lejos de la tercera parte de la novela, que describe la acción en el frente, encontramos el siguiente pasaje que contiene el resultado de lo que Aldington piensa con respecto de la guerra. En palabras del narrador:

Fue el régimen de la Hipocresía antes de la guerra lo que hizo que la Hipocresía durante la guerra fuera tan miserablemente posible y fácil... Un solo cerebro humano no puede contener, una sola memoria no puede retener, una sola pluma no puede describir la ilimitada Hipocresía, Falsedad y Delirio que el mundo dejó emerger durante esos cuatro años... Fue el supremo y trágico clímax de La Hipocresía Victoriana, porque después de todo los Victorianos estaban todavía en apogeo en 1914... Dijeron que no querían perdernos, pero pensaron que NOSOTROS debíamos ir; nos dijeron que nuestro Rey y nuestra Patria nos necesitaban; nos dijeron que nos besarían cuando regresáramos a casa...

Existe un eco sorprendente de este pasaje en la novela de John Fowles *El mago*, en donde los recuerdos, convincentemente narrados por el personaje del viejo inglés-griego Colchis, incluyen los siguientes párrafos y cuentan las experiencias vividas durante la Gran Guerra:

Un día... Lily y yo vimos un contingente de tropas desfilando por las calles... Iban a Francia, y alguien junto a nosotros nos dijo que eran voluntarios... Todo el camino de vuelta ella canturreó, ahora lo sé -pero no entonces- sin malicia, una canción de esos días: "Los extrañaremos, los besaremos, pero creemos que deben ir..." Al día siguiente vi a Lily y le dije que me iba de voluntario. La sangre abandonó sus mejillas. Entonces rompió a llorar y se lanzó a mis brazos. También lo hizo mi madre cuando se lo dije, pero la de ella sí era una pena auténtica... Me tocó el 13avo Regimiento de Tiro en Londres... Ahí me volví dos personas -una que miraba y la otra que trataba de olvidar que la otra miraba. Nos entrenaban menos para matar que para que nos mataran... nos dijeron que el enorme costo de la guerra no permitiría que durara otro mes.

Citaré sólo dos párrafos más de la novela de Aldington que



parecen estar directamente relacionados con el narrador y en los que abunda respecto a su fobia a la guerra:

Tengo... un no apaciguado deseo de venganza... una conciencia poco apacible... ¿Qué derecho tengo a vivir?... Cuando me encuentro con un hombre de mi generación no lisiado, tengo ganas de gritarle: "¿Cómo escapaste? ¿Qué hiciste? ¿Qué clase de truco sucio jugaste? ¿Por qué no estás muerto, tramposo?"... Y tú, el que murió en la guerra, moriste para nada, por un pedazo de viento, por un embuste, por una mentira periodística, para el ascenso rápido de un político. Pero al menos te moriste. No rechazaste el agudo, dulce golpe de las balas, el repentino estallido de una granada, la insinuada agonía del gas venenoso...

Sobre los hombres de esa generación cayó una condena, admirable aunque rudamente expresada por un oficial británico cuando se dirigía a sus subalternos en Francia:

"Ustedes son la generación de la guerra. Nacieron para pelearla, y tienen que ganar... En lo que concierne a ustedes como individuos, importa un comino si los matan o no..."

En su *Vida por el bien de la vida: un cuaderno de reminiscencias*, publicado en 1941, Aldington dice que "todo o casi todo" lo que él tenía "que decir sobre la guerra de 1914-1918 lo he dicho en *La muerte de un héroe* y en *Caminos de gloria*", una colección de relatos cortos que aparecieron también en 1941. Esto es cierto si nos atenemos al "casi", ya que, como lo he dicho antes, hay significativas alusiones a la guerra en su poesía, y también aparecen en algunas de sus novelas posteriores, que aunque no son propiamente novelas bélicas, hablan

de la generación de la postguerra, jóvenes con metas culturales y valores que existían previos al conflicto, y cómo fueron éstos afectados por las enfermedades morales ocasionadas por la guerra.

Me siento obligado a hacer la siguiente digresión: aunque excelente, el libro de Paul Fussell *La gran guerra y la memoria moderna*, es curiosamente renuente cuando se trata de reconocer los escritos de guerra de Richard Aldington. Digo "curiosamente" porque el autor menciona una sola obra de Aldington, titulada "A cualquier precio" (de *Caminos de gloria*), y lo hace simplemente de pasada. Incluye, sin embargo, los nombres obligados y hace un tratamiento minucioso de las obras de Rupert Brooke, Wilfred Owen e Isaac Rosenberg entre los poetas, y de Robert Graves, Edmund Blunden y Siegfried Sasson (su coto privado), entre los poetas y escritores de memorias. Puede ser que Fussell haya encontrado *La muerte de un héroe* demasiado "estridente", en tanto, en palabras de Graves, "denuncia la hipocresía del amor y de la guerra con la necesaria violencia continental", lo que convierte a la novela en una obra, para él, inaceptable. Es interesante que la estridencia de la novela, si hay alguna, no molestó en un principio a Lytton Strachey. Michael Holroyd cita a Strachey: "Recibí *La muerte de un héroe* del *Times*, y la estoy disfrutando muchísimo. Me gusta la brillantez del escritor, que me sorprendió..." Noel Annan nos dice que fue de "Richard Aldington, C.E. Montague y Robert Graves, quienes escribieron sobre la muerte de los héroes, que aprendimos del desinflamiento y el desencanto con el mundo que la guerra ha creado".

Antes de enfocar el tratamiento que Aldington hace de la vida y la carrera de T.E. Lawrence, sería de cierta ayuda recordar brevemente lo que se conoce comúnmente sobre la vida del legendario héroe: Lawrence nació en el norte de Gales en 1888 y asistió al Oxford High School y al Jesus College, en Oxford, en donde estudió historia. Ahí, estuvo bajo el tutelaje de David George Hogarth, experto en el Cercano Oriente y en ese entonces a cargo del museo Ashmolean. Lawrence se interesó en el Medio Oriente, leyó de Charles Montagu Doughty los *Viajes por Arabia Desierta* (1888), estudió la lengua árabe y, en 1909, se marchó a Siria buscando material para su tesis (que fue publicada en forma póstuma, en 1936, bajo el título *Castillos de Cruzados*). Gracias a Hogarth, se le permitió participar en la excavación de un sitio arqueológico en Carchemish, a la orilla del Éufrates, entre 1910 y 1914. En enero de 1914 fue encargado de hacer un reconocimiento territorial para los ingleses en la península del Sinaí y cuando estalló la Primera Guerra Mundial Lawrence entró, nuevamente gracias a Hogarth, al servicio de inteligencia británico. Fue enviado a El Cairo. Cuando comenzó la revuelta árabe contra la dominación turca, los ingleses se dieron cuenta de la conveniencia de apoyar la causa árabe: la intención era debilitar la alianza entre los alemanes y el Imperio Otomano para así distraer a las tropas germanas del frente occidental. Tanto por su conocimiento del territorio como de la lengua árabe así como por los valiosos contactos que durante esos años había establecido, Lawrence se convirtió en el enlace oficial con el príncipe árabe Feisal. Sus misio-

nes militares fueron siempre locales y temporales y nunca fue un oficial regular, aunque conservó toda la vida el rango de teniente coronel, otorgado por el General Edmund Allenby en señal del respeto y la alta estima que siempre se le tuvo. Después de que Damasco fue tomada por los ingleses en 1918, Lawrence recibió mucho del crédito por el éxito de la revuelta árabe. Se presentó en la convención por la paz en París defendiendo los intereses árabes pero fracasó, ya que los franceses tenían a Siria bajo su control. Posteriormente pasó algún tiempo en la oficina colonial, bajo el mando de Winston Churchill, en donde fue dimitido en 1922. Al dejar Medio Oriente se enlistó en la Real Fuerza Aérea como piloto bajo el nombre de John Hume Ross; sin embargo, su verdadera identidad fue descubierta y se le dio de baja honorablemente. Ingresó posteriormente en el cuerpo de tanques con el nombre de T.E. Shaw, nombre que adoptó por política electoral en 1927.

Cuando se descubrió que Lawrence era infeliz al punto de contemplar la posibilidad del suicidio, sus influyentes amigos intercedieron por él para que reingresara en la Real Fuerza Aérea, de la cual se retiró poco antes de su muerte, ocurrida en un accidente de motocicleta. Los últimos diez años de su vida los pasó escribiendo, en compañía de otros autores y sirviendo como técnico y asesor personal del servicio militar británico. Su libro más conocido es, por supuesto, *Siete pilares de sabiduría*, que tiene una complicada trama y que apareció en forma abreviada en 1927 con el título de *Revolución en el desierto*.

Aventuro una hipótesis al suponer que fue hacia la mitad de la década de los cuarenta cuando surgió en Richard Aldington la idea de escribir un libro sobre Lawrence. En ese momento ya existían, según mis cuentas, trece libros y numerosos artículos sobre el tema. De esos libros el primero y el que tuvo más amplia circulación fue *Con Lawrence de Arabia* (1924) de Lowell Thomas, un periodista norteamericano que conoció a Lawrence en Jerusalén poco antes de que terminara la guerra en Medio Oriente, a donde Thomas había ido a buscar material de aventuras para difundirlo entre el público norteamericano.

En 1919, Thomas decidió debutar con su documental filmado en Londres. Así, lo que él había titulado como "El reconocimiento norteamericano al valor británico" se estrenó en el Royal Opera House en Covent Garden el 14 de agosto bajo el título "Con Allenby en Palestina y la conquista de la sagrada Arabia". Como el documental se centraba sobre todo en la figura del coronel Lawrence, el título fue cambiado: "Con Allenby en Palestina y Lawrence de Arabia". Tuvo tanto éxito que el documental pasó a exhibirse en el Albert Hall, en donde se mantuvo hasta enero de 1920. Para cuando Thomas llevó su show al Madison Square Garden en Nueva York si vamos a creerle a Alan Jenkins en su libro *Los veintes*, el título de la película documental había sido nuevamente cambiado, ahora por el más simple de "Con Lawrence de Arabia". Nada podía ser más encomiable: la glorificación popular, la coronación del "Príncipe de la Mecca" estaba asegurada. Podemos reconocer claramente que Lowell Thomas fue el responsable de haber difundido, aunque no fabricado, la leyenda Lawrence. El mismo Lawrence sintió la necesidad de dejar

de ser el centro de atención; además consideraba que su vida y la participación que había tenido en las revueltas árabes merecían una atención de tipo más serio y menos popular. Su primer anhelo —el de no ser el foco de atención— se vio satisfecho al "escondarse" tras un nombre falso cuando ingresó a la Real Fuerza Aérea, aunque esta maniobra fue vista como una forma de evasión, y lejos de sumir a Lawrence en el olvido despertó sobre su figura una mayor curiosidad. El segundo de sus deseos (esto es: que su vida y sus actos fueran tratados con interés y seriedad) fue ampliamente satisfecho por dos de sus amigos y biógrafos: Robert Graves (1927) y el capitán Liddell Hart, historiador militar (1934).

Una década más tarde, el proyecto sobre la biografía de Lawrence fue sugerido a Aldington por Alister Kershaw, un australiano que había conocido en Francia (en donde Aldington vivía) y quien llegó a ser uno de sus mejores amigos hasta el final de su vida, en 1962. Aldington no era un neófito en el género de la biografía. Para ese momento había escrito con éxito las vidas de Wellington, Charles Waterton, D.H. Lawrence y Norman Douglas, cuya biografía llegó a ser la causa de un escándalo considerable. Es cierto que el estudio de estas vidas constituye una extraña mezcla pero es importante mencionarlas porque su existencia evita la sospecha de que Aldington haya escogido a T.E. Lawrence más con el motivo de exponerlo (por razones que discutiré más adelante), que de hacer una biografía.

En la "Carta introductoria a Alister Kershaw" que abre la biografía de Lawrence, Aldington escribe que en un principio él rechazó la sugerencia de su amigo argumentando, entre otras razones, su "falta de entusiasmo por los héroes militares", pero que pesó más un argumento de Kershaw: "después de las sorprendentes y mal recibidas revoluciones en los últimos quince años, una nueva evaluación de la figura de Lawrence sería de mucha utilidad". Esta conversación debe haber ocurrido hacia 1945, pero no se menciona la fecha exacta. Otro de los argumentos de Kershaw, aceptados y citados por Aldington, fue que después de todo, él (Aldington) había escrito una biografía del Duque de Wellington y había descubierto que era un personaje más interesante de lo que había imaginado en un principio. En el siguiente párrafo, sin embargo, Aldington menciona que en el curso de su investigación descubrió que la afirmación de Lawrence sobre el reiterado ofrecimiento, hecho en 1922 y posteriormente en 1925, de ser nombrado Alto comisionado en Egipto... era falsa. Desde un principio, pues, el biógrafo impuso un tono negativo a su búsqueda.

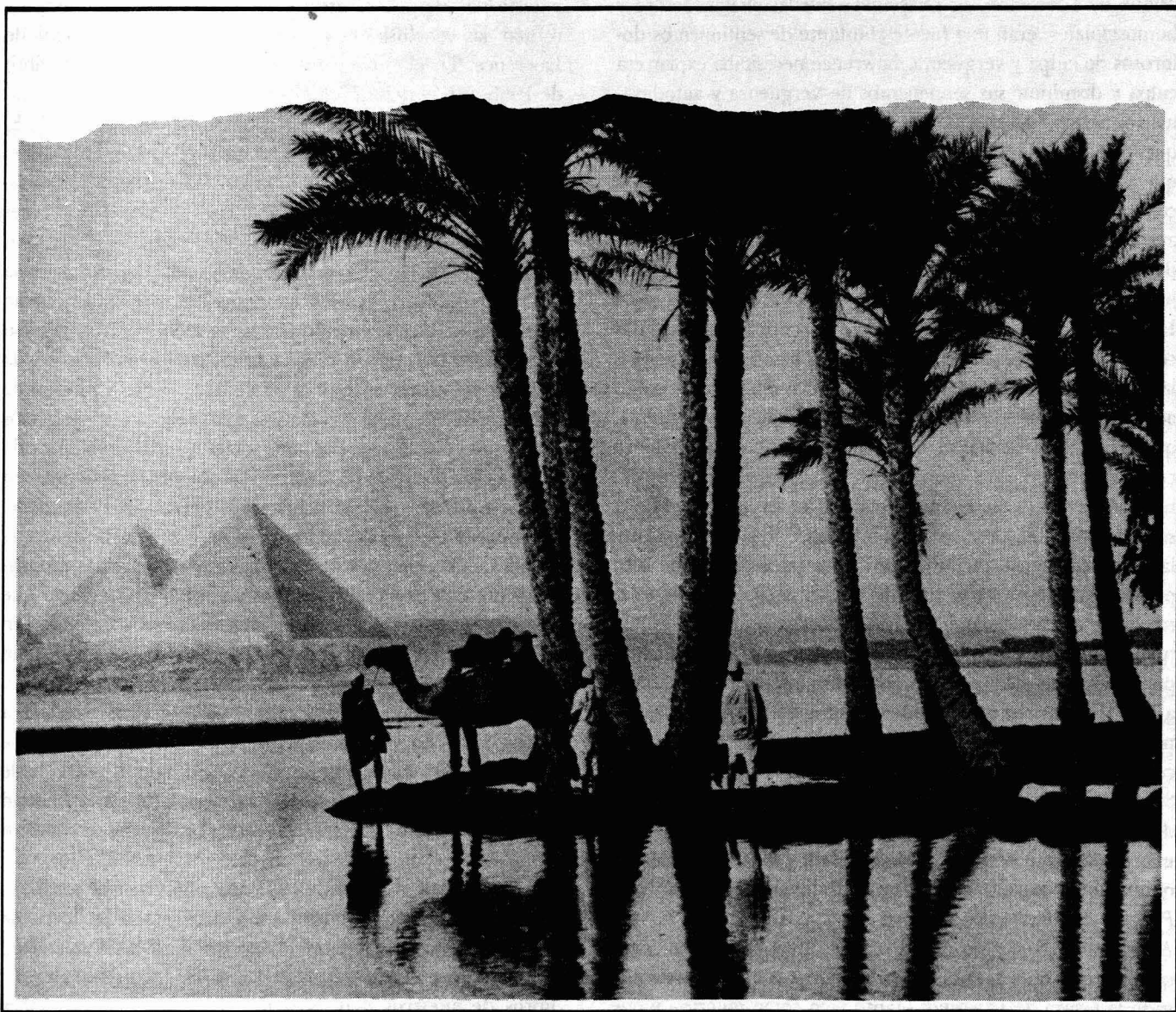
Lawrence de Arabia: una búsqueda biográfica fue publicada en Inglaterra el 31 de enero de 1955. En realidad, el texto había sido terminado desde 1950, pero se corrió el rumor sobre su tendencia y tanto los editores británicos como estadounidenses prefirieron no publicarla. La "Agencia Lawrence", como Aldington llegó a llamar a los amigos y simpatizantes poderosos e influyentes de Lawrence, era demasiado fuerte. Muchos de ellos se habían negado, incluso, a contestar las cartas que Aldington les envió preguntando sobre diversos puntos oscuros en la vida de Lawrence. Así

puestas las cosas, en 1954 Aldington aceptó la publicación de la traducción francesa que apareció bajo un título que él no había ni escogido ni autorizado pero que, típicamente francés, estaba dispuesto para vender ejemplares: *Lawrence, el impostor*. Su publicación obviamente enfureció a la "Agencia Lawrence", pero al mismo tiempo los dejó sin argumentos: si existía una versión en cualquier idioma, ¿por qué no había ninguna en inglés? Antes aún de que existiera la edición, aparecieron artículos en torno a ella. El 19 de enero de 1955, por sólo citar un ejemplo, el *Evening Standard*, en Londres, anunció que la reputación y la integridad de Lawrence de Arabia estaban a punto de ser devastadas.

No tengo la posibilidad de saber cuál fue el orden en el que Aldington obtuvo y ordenó sus datos, pero es lógico que su biografía comenzara por el principio. El recuento de la vida de Lawrence se inicia con el resultado de una investigación genealógica que arroja las siguientes conclusiones: Lawrence fue el segundo hijo de Thomas Robert Thighe Chapman, un barón irlandés que abandonó a su primera esposa para irse a vivir con la institutriz de sus cuatro hijas. Se estableció en Gales, en donde adoptó el nombre de Thomas Robert Lawrence. El

resultado es que, sin tomar en cuenta la estabilidad y la respetabilidad del nuevo hogar, Lawrence y sus cuatro hermanos eran ilegítimos. Según Aldington, esta situación irregular nos da la clave tanto de la "carrera trunca de Lawrence y de su carácter tortuoso. Por supuesto —advierte con cautela— no debemos exagerar al respecto: este incidente no lo explica todo. Lawrence tenía cualidades notables, y si en algunos aspectos se dejaba influir poderosamente por su entorno, en otros en cambio, reaccionó violentamente contra su medio. Sin embargo, el conocimiento de su origen nos permite disipar parte del mito del 'hombre misterioso', entender muchas cosas que de otra manera se vuelven enigmáticas y poder sentir compasión en lugar de repulsión por algunos de sus actos más cuestionables." Sobre el origen de Lawrence, resulta interesante citar lo que, al respecto, nos dice Wyndham Lewis —quien conoció tanto a Lawrence como a Aldington— en una reseña de la biografía para la *Hudson Review*:

El que un hombre renuncie a su nombre para poder vivir con una mujer a la que descubre que ama más que a su esposa (de la que no se puede divorciar), no me parece de



ninguna manera una desgracia. Este sentimiento existiría en el caso del bastardo tradicional, tal y como se le representa en las tragedias de Shakespeare, pero me parece exagerado pensar que un joven de la clase media en el norte de Oxford, sufriera, al menos de la manera sugerida por Aldington, al saber que de no haber nacido fuera del matrimonio, tendría a un padre perteneciente a la nobleza menor.

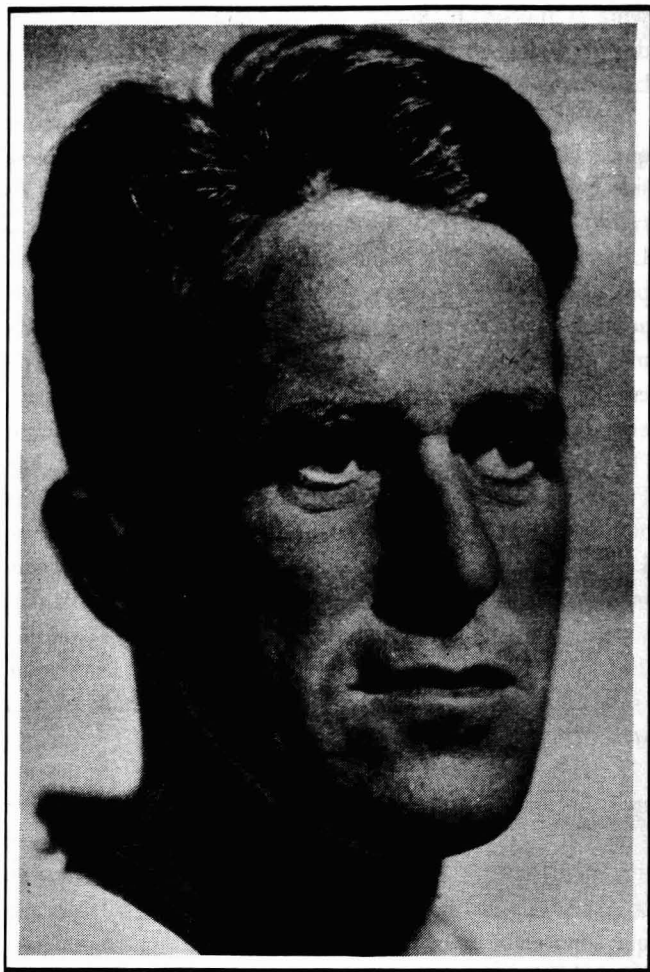
La revelación que hace Aldington se repite actualmente con toda libertad en los diccionarios biográficos y las obras de consulta. Ese es el Secreto Lawrence (con mayúscula) número uno. El número dos, dice Aldington, lo hubiera descubierto cualquier lector atento de *Siete pilares de sabiduría*: se trata del ambiguo relato (páginas 434 a la 448 en la edición de 1935, suprimidas en *Reuelta en el desierto*) de la violación homosexual que sufrió Lawrence por un oficial turco en Daraa en 1917.

Aunque Aldington no desdeña ni las múltiples habilidades ni el encanto personal de Lawrence, concluye que la experiencia de la violación funcionó a manera de arco voltaico en la psique de Lawrence: sus relaciones sexuales ilícitas, hetero y homosexuales, eran una fuente constante de sentimientos dolorosos de culpa y vergüenza. Lawrence necesitaba expiar esa culpa y disminuir sus sentimientos de vergüenza y autodevaluación; para compensar, debía no sólo sobresalir en todo lo que hiciera, sino incluso comprometerse en acciones peligrosas que lo ayudaran a promover su imagen hasta el grado de convertirla en una leyenda. Estas ambiciones, por sí solas, son aceptables, y de hecho pueden constituir el sueño y el deseo de cualquier persona. Sin embargo, Aldington descubrió que mucho, si no es que *todo* lo que subyace a la leyenda Lawrence, estaba fundado en datos oscuros y falsos, tales como ciertas afirmaciones que Lawrence hizo a sus amigos y a la prensa; por otro lado, existían conductas enigmáticas, como actitudes reticentes y autodevaluatorias después de la guerra, que mostraban su auténtica personalidad. Para un hombre como Aldington, que quiso ver el mundo con transparencia, no existía otro camino para acercarse a la verdad que el de la simplificación. Partiendo de esta premisa y de su sospecha ante la supuesta oferta que tuvo Lawrence para ocupar un alto puesto en Egipto, Aldington trató de dismantelar la leyenda mediante el minuciosísimo análisis de todas las evidencias que tuvo a la mano. Subrayo "las evidencias que tuvo a la mano" porque aunque suene exagerado, Aldington no tenía acceso ni a los documentos controlados por el Fideicomiso Lawrence ni a la correspondencia, que posteriormente se permitió consultar a investigadores como Phillip Knightley y Colin Simpson. Los hallazgos de estos dos estudiosos fueron publicados en cuatro números del *Sunday Times* en junio de 1968 y más adelante se hizo un libro con ellos. John Mack también obtuvo autorización para utilizar esos documentos en su libro *Príncipe de nuestro desorden*, en 1976. Las pruebas a las que Aldington tuvo acceso eran insuficientes y él lo sabía, pero también que era excesiva la idealización a la que se había elevado la figura de Lawrence —tanto vivo como muerto— y que

este endiosamiento impedía al público ver los hechos que Aldington percibió con claridad. Nunca dudó de la valentía, la fuerza y las cualidades de líder que Lawrence poseía, pero había que decir algo sobre lo que se fundaban tan heroicos sentimientos sin importar qué tan atrevida y herética pudiera resultar su evaluación. Recordemos que había hecho ya algo similar en *La muerte de un héroe*.

Veamos por un momento las consecuencias de su biografía en Inglaterra y en Estados Unidos. Fuertes sentimientos de hostilidad y enojo surgieron a partir de lo que se consideró como una afrenta a la memoria del héroe nacional. Además de una gran cantidad de reseñas negativas escritas por plumas de todos los pedigrees, no pasó mucho tiempo antes de que la "Agencia Lawrence" lanzara su contraofensiva. Las tropas de choque eran ni más ni menos que dos de los mejores amigos de Lawrence y de los más prestigiosos biógrafos del momento: Graves y Hart. En el *Nueva república* del 21 de marzo de 1955 (no he podido localizar la versión inglesa), aparece un artículo de Graves titulado "Lawrence reivindicado", en donde sostiene que el libro de Aldington "es el resultado de un entrometido en la vida de los demás, amargado, acomplejado y asmático. Es el perro vivo que piensa que es superior al león muerto porque puede rascarse y gruñir". Graves se dedica a refutar las conclusiones de Aldington sobre el carácter de Lawrence. En el suplemento del *London Magazine* de abril de 1955 y en el del *Atlantic Monthly* de noviembre del mismo año, Liddell Hart publicó dos artículos titulados "T. E. Lawrence, Aldington y la verdad" y "T. E. Lawrence: ¿hombre o mito?", en los que, utilizando un tono más civilizado que el de Graves, se las arregla para llegar a conclusiones similares. En el primer párrafo nos dice lo siguiente: "Richard Aldington es un distinguido novelista y poeta que escribió una magnífica novela, *La muerte de un héroe*, hace 25 años y que no ha tenido el reconocimiento que su talento merece. Regresó recientemente —algo tarde— a la historia. Ahora busca la 'muerte del héroe' en este campo". Aunque la refutación de Hart es más mesurada y cuidadosa que la de Graves, debemos decir que Hart siempre estuvo sometido a la influencia de Lawrence. En el capítulo final de su obra *T. E. Lawrence. En Arabia y después*, entre muchos otros halagos, Hart sostiene: "La verdad es que Lawrence sabía más de guerra que cualquiera de los generales de la última guerra". Esta es indudablemente una exageración; podemos imaginar el efecto que una aseveración así hizo en un hombre como Aldington, quien "peleó con Haig" en las trincheras del frente occidental. John J. Mearsheimer, en su libro *Liddell Hart y el peso de la Historia*, escribe: "No mentimos si decimos que protegía y defendía a Lawrence". En efecto, Hart termina su biografía sobre Lawrence con las siguientes palabras: "Su figura florece desde la sabiduría de los tiempos... Él es el espíritu de la libertad encarnado en este mundo". Hart era, claramente, un ministro de ese evangelio.

Algún tiempo después de 1955 apareció una nueva edición del libro de Lowell Thomas sobre Lawrence, sin fecha de publicación pero todavía con el *copyright* de 1924. Esta edición contiene un prefacio que dice: "Uno de los más amargos... libros de nuestros días es el de Richard Aldington sobre



Lawrence de Arabia

Lawrence de Arabia” y cita una reseña aparecida en el *Harwick Standard* que dice: “Hemos oído hablar a los amigos de T. E. Lawrence durante treinta años. El libro de Aldington está escrito por un enemigo que nunca lo conoció pero que por una extraña compulsión ha producido un libro que hasta ahora sólo ha sido reseñado con muchísima severidad...” Thomas no menciona al reseñista, aunque puede ser una alusión a Graves. Al final, la “Agencia Lawrence” se impuso e hizo valer su influencia en el mundo editorial británico para que se suprimiera cualquier libro de Aldington. Sólo los libros de otros autores, traducidos por Aldington o con un prefacio suyo se salvaron de ser retirados del mercado. Por supuesto, esto tuvo consecuencias económicas muy serias para Aldington y si no hubiera sido por sus amigos y compatriotas en Francia, su crisis financiera hubiera sido mucho peor.

Tengo pocas dudas respecto a que Aldington siempre estuvo predispuesto negativamente hacia la leyenda Lawrence. Hemos visto en sus obras manifestaciones de rencor asociadas a las experiencias y al clima de la guerra. Es cierto que Aldington hizo un recuento cálido y positivo de la vida de Wellington, pero el Duque de Hierro resultaba una figura lejana en el tiempo mientras que Lawrence era su contemporáneo. Además, veía en él al hombre que había obtenido de la guerra el beneficio de alcanzar en vida una estatura mítica. Para el público, Lawrence representaba una imagen ideal, vestido con sus ropas blancas ondeando en el desierto bajo un trasfondo de arena y estrellas. Mientras, en la realidad, los

hombres de infantería difícilmente sobrevivían a una terrible y desesperanzada guerra en Occidente, y si se salvaban salían de ahí irreconocibles. Esta es una explicación tentativa de la actitud de Aldington, sobre todo si caemos en la tentación de los biógrafos y de los críticos literarios: la de obtener indulgencia mediante el psicoanálisis. Esta sería, en todo caso, una explicación incompleta. En parte por intuición, en parte por las pruebas con las que contó, Aldington sabía que se ocultaban muchas cosas detrás de la leyenda Lawrence. Si el lector del libro de Aldington sobre Lawrence lo percibe como la expresión de un escritor torturado, patológicamente mentiroso, el cual lanza una avalancha de inconsistencias y contradicciones, se sentirá pisando un terreno mucho más firme y seguro al final de la biografía, en donde el autor discute los méritos de Lawrence como escritor. Debemos tener presente que Lawrence tomaba muy en serio su quehacer literario. En una carta a Edward Garnett, fechada el 26 de agosto de 1922, escribió: “¿Recuerdas que un día te conté que separé en un estante los libros que considero como ‘Titanes’? ...Eran *Los Karamazov*, *Zaratustra* y *Moby Dick*. Bueno, pues mi ambición era hacer de la cuarta en la lista una obra inglesa”. La dedicatoria a Edward Garnett en *La mente*, también habla de la autoconciencia de su propio talento. Aunque Aldington se detiene en el estudio de otros textos de Lawrence, el análisis más agudo es el de *Siete pilares de sabiduría*:

Ciertamente aquí hay talento... Sólo un hombre ampliamente inmerso dentro de la literatura y en posesión de un genuino don para expresar en palabras exactas su experiencia y pensamiento, podría haber escrito en ese estilo alto, preciso, y al mismo tiempo mantenerlo a lo largo de todo el libro...

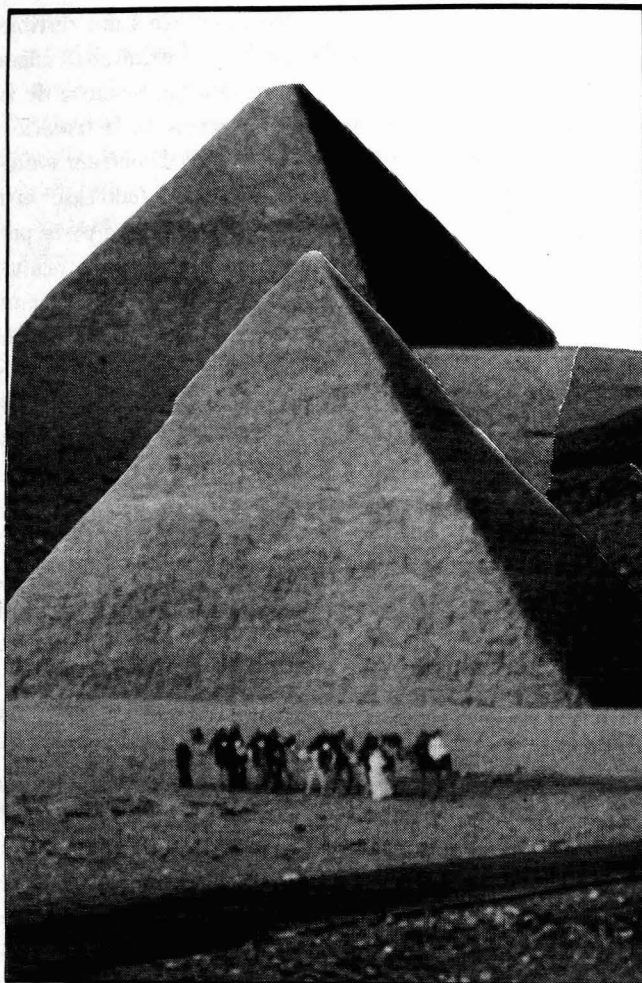
Y posteriormente la siguiente advertencia:

Como escritor, Lawrence es tan hábil en el arte de manejar las palabras como en el de sugerir o implicar algo más o algo menos de lo que dice. El más difícil y con frecuencia el menos logrado triunfo del arte de la palabra es el saber utilizarla de tal forma que signifique para el lector lo mismo que para el escritor. Sugerir es muy fácil...

Y Aldington vuelve a su tema:

Podemos preguntarnos si un estilo tan cuidado, tan literario y tan inexacto es el más adecuado para una honesta obra de guerra. Ciertamente que una obra de guerra es siempre autobiográfica, empero la guerra es acción, por más que incorpore planes y estrategias y por más que el intelectual neurótico que escribe se halle acosado por conflictos y sentimientos ambivalentes...

Quizá Aldington pensaba en sus propias obras de guerra, complejas en muchos aspectos pero no “cuidadas”, y a las que concibió como novelas y cuentos pero a las que nunca se le ocurrió proponer como historia. Y termina diciendo de Lawrence:



La acción no pide un estilo sofisticado sino un lenguaje vigoroso, directo, poco afectado, en el que la existencia del personaje se olvide a cambio de la viveza y el sentido de lo que se dice. ¿Hay acaso alguna página en *Siete pilares* en la que podamos olvidarnos de Lawrence de Arabia? Hubiera escrito mucho mejor si no se hubiera esforzado tanto por escribir tan bien.

¿Qué diremos del libro de Aldington sobre Lawrence? Información reciente puede llevarnos a desaprobar algunas de sus conclusiones y a corroborar otras. Pero ni las rectificaciones ni las verificaciones son tan importantes como la controversia misma. La investigación es un constante proceso que implica la corrección de errores y malinterpretaciones. Sobre la biografía de Aldington sobre Lawrence, Christopher Sykes ha dicho: "era un libro necesario... porque la leyenda es enemiga de la historia... No quedan dudas respecto a que la historia de Lawrence fue cubierta por un montón de exageraciones ficticias que sólo podían impedir la comprensión, tanto de Lawrence como del Medio Oriente..."

Jeremy Wilson, quien el año pasado publicó la monumental biografía "autorizada" de Lawrence, nos dice: "En retrospectiva, la biografía devastadora de Richard Aldington fue la reacción inevitable a 20 años de adulación acrítica acumulada después de la muerte de Lawrence". Y más adelante Wilson señala: "El libro, sin embargo, sería más valioso si no hubiera sido escrito en un tono tan venenoso. Hoy, el interés que pre-

senta es fundamentalmente literario, puesto que las fuentes documentales actualmente disponibles desmienten muchas de las cosas que Aldington discute..."

Estas afirmaciones nos dejan con ciertas preguntas: ¿cómo es que el libro de Aldington sería más valioso y exitoso si hubiera sido escrito en un tono más suave? Fue precisamente por los resultados que arrojó, y no por el tono, que la "Agencia Lawrence" se opuso a su publicación. ¿Un tono más suave hubiera fomentado mejores reseñas? Y en cuanto a la adulación acrítica que se dio entre la muerte de Lawrence y 1950, diremos que cuando Aldington terminó el manuscrito ésta no era más exagerada que la que la precedió, incluyendo, claro, el volumen titulado *T. E. Lawrence visto por sus amigos* (1937), en donde el líder adulatorio era Winston Churchill. Finalmente, por lo que respecta a las "fuentes documentales actualmente disponibles", ¿cuáles son éstas? El Fideicomiso Lawrence impuso restricciones al acceso de papeles y documentos personales (que se conservan en la Librería Británica) y determinó que éstos no pueden ser leídos sino hasta el año 2000. Aún si esta imposición ha sido quebrantada, habría que ver si la información que arrojan esos documentos basta para rebatir lo que dice Aldington.

En el prefacio a *Eminentes victorianos*, Strachey argumenta que la historia de la época victoriana no podía ser escrita por sus contemporáneos porque éstos la conocían demasiado bien y no podrían ser objetivos. Igualmente, podemos decir que no se puede escribir una biografía objetiva de una persona a la que conocemos de cerca y sobre la cual tenemos una opinión inevitablemente parcial. Aldington puede haber tenido sus antipatías y resentimientos, pero no poseía la intolerancia e inflexibilidad de Graves y de Hart, que eran amigos de Lawrence y estaban dispuestos a defender a cualquier costo su reputación. Aldington presenta, pues, dos ventajas sobre ellos: no era una gente del sistema y nada lo vinculaba a Lawrence. Si cometió una injusticia al evaluar la vida de Lawrence, mucho más grave fue la que se perpetró contra él cuando se impidió la publicación de sus libros.

Resulta una gran ironía que la falsedad y mojigatería de una sociedad a la que Aldington desenmascaró y satirizó en su poesía y en sus novelas lo haya perseguido toda la vida hasta casi causarle la ruina financiera y literaria. Hablamos de un hombre cuya bibliografía cuenta con setenta títulos que incluyen poesía, ensayo, narrativa, teatro, crítica literaria y traducción. Al que no sólo se le impidió el acceso a la industria editorial, sino que también le fue negada en Inglaterra la posibilidad de contestar en la prensa las cartas de los editores.

John Anthony Morris analiza, en el *Diccionario de biografías nacionales*, el talento de Aldington y concluye:

Tenía dos grandes aciertos. Uno era su pasión por la verdad, lo que lo llevó a estallar frente a la hipocresía y el ocultamiento. El otro era su sensibilidad frente a la belleza. Fue la combinación de ambos talentos la que creó primero al poeta imaginista y después al furioso novelista y biógrafo. Cuando vio que la belleza y la verdad eran atacadas, echó mano de todos sus recursos para crear sus mejores obras. ◇